

Owen Jones
Chavs. La demonización de la clase obrera
Madrid: Capitán Swing Libros, 2012

Desde que en 1959 Robert Nisbet (1959) anunciara en un encuentro de la *American Sociological Association* “el declive y la caída de la clase social”, los sociólogos han expedido de un modo recurrente certificados de defunción de la clase, casi siempre al calor de la bonanza económica. El último episodio se produjo en los felices años noventa, con las teorías de la individualización: para Ulrich Beck lo que antes eran “biografías de clase se [habían] transformado en biografías reflexivas que dependen de las decisiones del actor” (1992: 92); y a juicio de Anthony Giddens la clase había dejado de ser “una experiencia para toda la vida como lo era antes” (1998: 144). En realidad, junto a todos estos descubrimientos sin base empírica se produjo un hecho que explica mejor el eclipse de la clase en la sociología: simplemente, se dejó de hablar de ella. El libro de Owen Jones es uno de los mejores alegatos que se han hecho en su defensa, aunque su propósito no sea mediar en ningún debate académico y su foco esté limitado a Reino Unido.

Chavs arranca con una anécdota aparentemente trivial: un grupo de amigos, profesionales cultos y progresistas, está cenando en un barrio acomodado de Londres, y de pronto uno de ellos hace un chiste despectivo con los *chavs*; en lugar de censurarle, como habrían hecho si la mofa hubiera apuntado a los inmigrantes o los homosexuales, todos se ríen. Moraleja: el desprecio elitista por las clases humildes se ha vuelto socialmente aceptable. Ese desprecio tiene como blanco predilecto la figura del *chav*, un estereotipo de difícil traducción (*cani* o *choni* serían opciones aproximadas) que reúne las siguientes características: jóvenes remolones de clase obrera que adoran la ropa de marca y los *pitbulls*, son violentos y malhablados, procrean como animales y viven de las ayudas públicas. El éxito de esta figura en la cultura británica actual es tal que existen gimnasios de lujo ofertando técnicas para apalea *chavs*, agencias de viajes que prometen a sus clientes no mezclarles con ellos o videojuegos de Internet en los que se les dispara. Según el discurso hegemónico, la otrora “clase obrera respetable” ha dado lugar a esta “subclase salvaje”.

Pero en realidad, la figura del *chav* no es más que una caricatura de la clase obrera actual, y su éxito se explica por la derrota política de esta última ante el neoliberalismo... en todas sus versiones. En ese sentido, el título del libro puede resultar engañoso: el ensayo de Jones no es una etnografía de los *chavs*, sino más bien una radiografía de la situación de la clase obrera en Inglaterra que se esconde tras esa caricatura. La figura del *chav* –“el hijo bastardo de una lucha de clases muy británica” (p. 54)– es más bien el punto de partida para la crítica, empezando por la incisiva comparación que se hace en el primer capítulo del dispar tratamiento que brindaron periodistas y políticos a la desaparición de dos niñas de clases sociales distintas y las varas de medir que se emplearon para juzgar la responsabilidad de sus familias y entornos sociales.

Según Jones, “la demonización de la clase obrera no puede entenderse sin volver la mirada hacia el experimento thatcherista (...) una ofensiva contra las comunidades, industrias, valores e instituciones obreras” (p. 58). El recuento que hace de este episodio es magnífico. Este experimento de ingeniería social socavó las bases sociales de la clase obrera, empezando por el doble ataque a la industria y a los sindicatos, que desoló grandes áreas del país (en 2008 un *think tank* conservador concluía que algunas ciudades del norte eran irrecuperables... ¡y que los habitantes de Liverpool, Sunderland y Brandford deberían trasladarse al sur!, p. 103).

La heroica resistencia de los mineros no pudo con la determinación de Thatcher, que logró doblegar a unos sindicatos desprevenidos y divididos. La sombra de esa derrota perduró en las décadas siguientes: el laborismo quedó políticamente desorientado y la afiliación a los sindicatos cayó en picado. Junto al palo para golpear al movimiento obrero, Thatcher ofreció una apetitosa zanahoria: el derecho a compra para los inquilinos de viviendas de protección oficial con el descuento del alquiler que hubieran pagado a lo largo de los años. El individualismo posesivo se abrió paso entre las solidaridades de clase, mientras las viejas comunidades obreras empezaban a declinar. Uno de los principales resultados de toda esta ofensiva fue la invisibilización de las desigualdades de clase: “Thatcher no tenía la menor intención de acabar con las clases sociales; simplemente no quería que percibiéramos que pertenecíamos a una (...) La clase se eliminó como idea, pero se reforzó en la práctica” (p. 66).

La relación causal entre el enriquecimiento de los más ricos y el crecimiento de la pobreza en los años ochenta podía pasar desapercibida: todos eran clase media. Ese cambio de mentalidad se extendió a la arena política. Si en 1956 Tony Crosland escribía que los conservadores habían tenido que competir

electoralmente “suscribiendo en gran parte políticas que hace veinte años se asociaban a la izquierda”, medio siglo más tarde Margaret Thatcher confesaba que su mayor logro político había sido “Tony Blair y el nuevo laborismo” (p. 301). El neoliberalismo en todas sus versiones.

Para “mostrar algunas realidades de la mayoría de la clase trabajadora que se han ocultado en favor de la caricatura *chav*” (p. 21), Owen Jones emprende un recorrido exhaustivo por los problemas que conforman la cuestión social en nuestros días, armado con una evidencia empírica apabullante pero inteligentemente administrada: desde las controversias por la delincuencia o los embarazos de adolescentes, hasta la política de vivienda y la segregación urbana, pasando por las condiciones laborales y el desempleo, la provisión de las prestaciones sociales, las imágenes de la cultura popular o los estilos de vida, el autor desgana uno a uno los temas que ocupan el debate público. El proceder es similar en todos los casos: contrastar el discurso *anti-chavs* con la evidencia disponible, para mostrar que, sin negar que muchos de esos problemas existan, el modo en que son representados responde básicamente a la demofobia de las élites británicas (a las que Jones se refiere, de un modo parcialmente engañoso, como la “clase media”).

Pero el mérito de Owen Jones no consiste tan sólo en desmontar hábilmente estas representaciones hegemónicas, cuyo denominador común es responsabilizar a las víctimas y dar la espalda a los contextos sociales. El autor también insiste en un aspecto aparentemente obvio pero que no suele ser reconocido: el origen elitista de los políticos y periodistas que enarbolan ese discurso. Sólo así puede entenderse el odio de clase que impregna la esfera pública británica. Más allá de episodios escalofriantes como el linchamiento de la concursante televisiva Jade Goody, esta situación ha conducido a la revancha elitista contra las clases trabajadoras: la política y la prensa están, cada vez más, en manos de una clase media que disfraza sus privilegios con la ideología meritocrática. El autor muestra que esta ideología es una completa ficción que sirve para ocultar las reglas de una “sociedad amañada”. Pero lo que Jones lamenta, con cierta amargura, es que esa ideología, que ensombrece las divisiones de clase y sus efectos, ha tenido en el nuevo laborismo su mejor abogado. En 1997 Blair declaró que “la nueva Gran Bretaña es una meritocracia”. Quienes no se habían unido a la clase media carecían de aspiraciones: o bebían demasiado, o eran vagos e irresponsables o no cuidaban de sus hijos como debían. Este discurso allanaba el camino al recorte de las prestaciones y los servicios sociales. Como lamenta un líder sindical, “lo que hace es culpar a las víctimas de todo esto, cuando son las *víctimas*, no los *problemas*” (p. 117).

Jones evita con precaución la condescendencia y reconoce que “algunas de las cosas que la gente asocia con los *chavs* tienen una base real”, así como que dentro de la clase trabajadora existen importantes divisiones a este respecto. En realidad, eso no es nada nuevo. En su monumental historia de la izquierda, Geoff Eley (2003) presenta el contraste entre dos ciudades alemanas industrializadas a comienzos del siglo XX: mientras en Remscheid el cambio gradual había propiciado el surgimiento de una cultura obrera a partir del *ethos* artesano y había dado lugar a una comunidad cohesionada socialmente y organizada políticamente, con una fuerte conciencia de clase; en Hamborn, el crecimiento repentino de una población desarraigada, que vivía hacinada y trabajaba en pésimas condiciones, produjo un proletariado embrutecido, episódicamente turbulento pero políticamente desorganizado. Jones invita a reflexionar, en un sentido semejante, sobre la conexión entre situación económica, vínculo social, articulación política y comportamiento anómico. Puede que una afirmación como que “la pobreza, el desempleo y la crisis de la vivienda son terreno abonado para toda una serie de problemas sociales” (p. 262) parezca un perogrullada, pero empieza a convertirse en una declaración radical en contraste con la *doxa* neoliberal, según la cual la sociedad británica está rota “porque el Estado creció demasiado, hizo demasiado y minó la responsabilidad personal” (David Cameron citado en la p. 234).

En resumen, partiendo de la vilipendiada caricatura *chav*, el ensayo de Jones nos muestra la realidad de la clase obrera que ha sido ocultada tras ella, así como la centralidad que todavía posee la clase para las vidas de la mayor parte de hombres y mujeres. Pero al reconstruir esa historia, *Chavs* también proporciona un extraordinario análisis del neoliberalismo en su versión más pura. La “expulsión de la ‘clase’ del vocabulario nacional por parte del thatcherismo y el nuevo laborismo” (p. 298) ha sido una de los mecanismos clave de esa contrarrevolución financiera que ha alterado la anatomía de la sociedad contemporánea, y en la que al grito de “todos somos clase media” las élites se han apoderado de la política y la economía.

La exitosa recepción de *Chavs* en España puede suscitar cierta extrañeza pues, como se ha repetido, es un libro muy británico. En cierto modo, el ensayo aborda un fenómeno que en otros países todavía no se ha dado, o se ha dado con menor crudeza. *De te fabula narratur*, podría decirse. En pocos lugares la clase obrera ha tenido un protagonismo político, cultural y social como en Reino Unido; y España no es, desde luego, uno de ellos. En nuestro país, el único episodio de invasión de la vida política por parte de las clases subalternas fue la II República, y la centralidad de la clase obrera industrial se vio confinada en el tiempo por la

práctica coincidencia de los procesos de desagrarización y desindustrialización. El realismo social en literatura se descalificó como “la generación de la berza” y los líderes parlamentarios de extracción obrera pueden contarse con los dedos de la mano. La clase obrera, en fin, sufrió una dictadura feroz y salió de la transición como el pariente pobre de la democracia. Por esa razón, no han sido necesarios virulentos ataques a una fuerza (y una idea) que nunca han estado en el centro del espacio público. El desprecio elitista a los *chavs* peninsulares se ha expresado más como desdén paternalista que como odio demonizador, como ilustra el ejemplo –observado por Víctor Lenore (2012)– del tratamiento de la prensa musical hacia un éxito de ventas como *Camela*.

Pero en otros aspectos la experiencia británica tiene muchas semejanzas con la española: es imposible no reconocer en el retrato del *New Labour* los rasgos que caracterizaron a los gobiernos socialistas. También aquí se celebró el *enrichment* como una salida individual a la lucha de clases y se glorificó a la clase media, al tiempo que se dismantelaba la industria y se relegaba al mundo del trabajo como una incómoda rémora del pasado. Las perlas neolaboristas con las que ilustra Owen Jones su relato palidecen frente a las declaraciones más controvertidas de Solchaga, como “España es el país donde se puede ganar más dinero a corto plazo de Europa”, “¿por qué habría de tener [el sindicato] en el gobierno socialista una consideración diferente a la del Colegio de Abogados?” o “la mejor política industrial es la que no existe”. El pulso de los sindicatos al gobierno socialista –con tres huelgas generales entre 1988 y 1994– fue menos épico que la huelga de los mineros contra Thatcher, pero el acoso al que fue sometido Nicolás Redondo por desafiar la deriva neoliberal de su partido y el “abrazo aristocrático” de las finanzas está a la altura de los ataques que sufrió el líder del Sindicato Nacional Minero Arthur Scargill (ver pp. 74-75). Y es que –como reconoció el propio Giddens en los cursos de El Escorial de 1999– el PSOE se anticipó a la Tercera Vía; algo que Javier Solana recordaba con este desparpajo: “Cuando se habla de Tony Blair y de la Tercera Vía, habría que recordar que el PSOE ha sido el partido de izquierdas que fue capaz de transformarse de la manera más inteligente (...) Blair, para ‘cargarse’ el marxismo en el Partido Laborista, tuvo que echarle valor; nosotros lo hicimos en una sola noche, en Barcelona, mientras cenábamos, Felipe y yo” (cit. en Iglesias, 2004: 210). El *Chavs* hispano está por escribirse.

El ensayo de Owen Jones, por último, invita una doble reflexión de interés para la sociología. Su eficaz defensa de la clase como concepto para entender la realidad social, y el acertado uso que hace de él a lo largo de todo el libro, puede conducir a una conclusión tentadora: ¿no habrán sido estériles los enrevesados

debates teóricos de autores como John Goldthorpe y Erik Olin Wright y las sofisticadas clasificaciones a las que han dado lugar?, ¿no sería mejor prescindir de tanta teorización y afrontar la investigación empírica más ligeros de equipaje, con una concepción intuitiva como la empleada por Owen Jones? En mi opinión, la respuesta debe ser negativa. No se trata de criticar el sencillo esquema de Jones, que distingue básicamente entre clase obrera y clase media, una opción legítima y apropiada para escribir un ensayo accesible; se trata más bien de reconocer que las ventajas y los inconvenientes de cada conceptualización (y operacionalización) de la clase dependen de los fines de la investigación: la complejidad que caracteriza a muchos estudios de las clases es un obstáculo para escribir un ensayo accesible, pero los resultados empíricos que proporcionan pueden resultar igualmente valiosos. Ciertamente, los programas de investigación sobre estructura de clase han sobrevivido en la academia al margen de las modas imperantes, lo que junto a la desafortunada atomización de la sociología ha podido provocar un cierto ensimismamiento: en pocas palabras, que con la creciente especialización de la investigación se hayan perdido de vista los grandes problemas. En este sentido, ensayos como el de Jones pueden resultar de ayuda para dibujar un mapa general de esos problemas y reorientar la investigación hacia ellos.

La segunda parte de esta reflexión se refiere al lugar del ensayo como género sociológico. El ensayismo ha salido malparado de la reciente cruzada analítica contra la pseudociencia social (ver, por ejemplo, Aguiar, Francisco y Noguera, 2009), una empresa justificada por la cháchara oscura y vacua de cierta sociología, aunque a veces sea injustamente reduccionista. Pero el verdadero problema son los *malos* ensayos que venden gato por liebre y elucubración por ciencia, ofreciendo descubrimientos tan grandes como infundados sin ni siquiera la cortesía de la claridad. El libro de Jones es, en este sentido, un modelo a seguir. Y precisamente brilla por la humildad epistemológica que debería caracterizar a las ciencias sociales. Demuestra que el ensayo puede convivir con otros géneros más “científicos” de la sociología, aunque no comparta todas las reglas del método con ellos; y esa convivencia puede ser fructífera para todos, un poco como ha sugerido Michael Burawoy (2005) en su defensa de la sociología pública en relación a las sociologías académica, crítica y práctica.

En definitiva, *Chavs* es un libro extraordinario para reflexionar sobre los efectos de la clase (y sobre su invisibilización) en nuestra sociedad, así como para comprender mejor la naturaleza del experimento neoliberal y su demofobia inherente. Está escrito con una prosa precisa y afilada, que combina la claridad del dato empírico con la pasión política en un relato fluido, lo que hace

recomendable su uso en muchas asignaturas de sociología. Y también puede servir para alentar la imaginación de los científicos sociales a la hora de decidir qué temas merecen ser estudiados. De algún modo, vuelve a poner de actualidad la *boutade* atribuida a Arthur Stinchcombe: “en realidad, la sociología sólo tiene una variable independiente: la clase”.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIAR, F., FRANCISCO, A. d. y NOGUERA, J. A. 2009. "Por un giro analítico en Sociología". *Revista Internacional de Sociología* 67 (2): 19.
- BECK, U. 1992. *Risk society: towards a new modernity*. Londres: Sage.
- BURAWOY, M. 2005. "Por una sociología pública". *Política y Sociedad* 42 (1): 197-225.
- ELEY, G. 2003. *Un mundo que ganar: Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.
- GIDDENS, A. 1998. *Más allá de la izquierda y de la derecha: el futuro de las políticas radicales*. Madrid: Cátedra.
- IGLESIAS, M. A. 2004. *La memoria recuperada: lo que nunca han contado Felipe González y los dirigentes socialistas de sus años de gobierno*. Madrid: Aguilar.
- LENORE, V. 2012. "Música en la CT: los sonidos del silencio". en *CT o la cultura de la transición: Crítica a 35 años de cultura española*, (ed. por Guillem Martínez). Madrid: Debate.
- NISBET, R. A. 1959. "The Decline and Fall of Social Class". *The Pacific Sociological Review* 2 (1): 11-17.

Jorge Sola

Universidad Complutense de Madrid